

# EL CODO.

SIMIL DE LOS PERIÓDICOS JOCO-SERIOS  
DE LITERATURA Y ARTES.

DIEZ REALES AL AÑO.

## LOS MISTERIOS DE CORDOBA.

### INTRODUCCION.

R. 17244



**E**ABIA en España una hermosa señorita llamada *Celestina*, que en union de una anciana muger e. nocida por el nombre de *Tolerancia*, su mayor placer lo fundaba en inventar malas reputaciones, que despues gratis regalaba al prójimo para cubrir su vida no muy santa y sus pensamientos no muy católicos.

Escudada *Celestina* con sus respetables *faldas*, creyó que no solo podia con sus picantes y atrevidas palabras poner en duda y aun destruir buenas reputaciones sin distincion de sexo, sino tambien que cubierta con su encantadora *sourisa*, no encontraria jamás ob-

táculos en su intrépida carrera para dominar la sociedad á su capricho y lanzar al mas profundo olvido las rancias palabras de verdadera educacion.

*Celestina* se hallaba en una reunion escojida con su amada *Tolerancia* y empezó entre ambas la siguiente conversacion:

—Querida *Tolerancia*, sabes que la señorita *Virtudes* está en relaciones de amistad intima con el caballero *Verdades*? Qué lastima de muchacha, haberse enamorado de un hombre tan feo y tan odioso! Ya ves, ella aunque no es muy bonita, y su vida privada tiene algunos lunares de trascendencia, si embargo, por su posicion merece a otra per-

sona que la supiese dar el honor que pudiera haber perdido por algun paso imprudente.

Tales palabras fueron escuchadas por el caballero *Verdades*, y deseando dar una leccion á los que de esta y otras maneras relajan la sociedad y se revisten del crédito y honor que quitan, porque ellos jamás lo tubieron propio; se acercó á la señorita *Celestina*, y con suma delicadeza y cortesía le dijo:

—Esta sociedad es para personas de fina y esmerada educacion, indudablemente V. ha equivocado la casa, y de consiguiente puede retirarse, porque la hemos conocido. Esto le digo ahora, otro dia le manifestaré mas por estenso los motivos que me han determinado á dar este paso. La señora *Tolerancia* puede quedarse entre nosotros, pues en el centro de la buena sociedad, será no solamente respetada, sino querida de todo el que la conozca.

*Celestina* es el vicio, *Tolerancia* Córdoba, *Virtudes* la civilizacion, y *Verdades* LOS MISTERIOS DE CÓRDOBA.

CHICI.

1480.

I.

En una de las hermosas noches del otoño, cuando todos descansaban en Roma, y la luna rielaba sus rayos en las ondas del Tiber, retratando en ellas las frentes de los soberbios edificios que adornan la capital del mundo, cuando el pueblo dormia confiado en la severidad del papa Alejandro, un hombre á quien los ro-

nanos, á quien la Europa entera admiraba como el artista de su siglo, desceñido el cabello, cubierta la faz de mortal palidez, y con trémulo paso, vagaba por las orillas del rio fijando con aire estúpido su vista en aquellas aguas, testigos de tantas glorias, depositarias de tantos crímenes.

En vano habia procurado conciliar el sueño en su magnifico lecho; el pesar agudo que le devoraba en su palacio le siguió al campo. Despues de una hora de silencio, ay! exclamó: Envidian mi nombre, mi gloria! Mi fama es una corona de hierro ardiendo, que me abrasa, y que yo no puedo arrancar de mi frente!—Daria mi palacio, mi casa de campo, mis riquezas todas, por calmar mis remordimientos.—Y aun hay algunos que dicen que no los hay!—Ah! yo he hecho todo lo posible por librarme de ellos... y siempre en vano!

Yo me he postrado ante el confesonario de un sacerdote, he gemido, he golpeado mi pecho con dolor, he hablado y... el ministro de Dios aterrado ha huido al escucharme.—Yo he asistido con jóvenes artistas para olvidar mi pena á voluptuosas orgias, y cuando el vino espumante rebosaba en los vasos, y las hermosas nos brindaban con el placer, ansioso de privarme de la razon, bebía, bebía, y bebía en vano! Ay! el vino y las mugeres no tienen embriaguez para mí!—Para lograr la paz del alma he seguido á un solitario lejos del mundo, me he consagrado á la austeridad y á la penitencia, y sin embargo allí tenia siempre fija, clavada mi execrable idea!—En vano he buscado el sosiego en los brazos de un ángel, de una muger pura; las virtudes de una esposa no han bastado á purificar mi alma, á hacer callar los remordimientos!—Su voz celestial me mata, me asesina, me llama Ghigi!... nombre execrable.—Los romanos, los extranjeros, mi muger, mi hijo,

todos me llaman Ghigi! .. y siempre Ghigi!—Nombre usurpado y al que está unido tanto crimen! Ghigi es para mí ingratitude, traicion, adulterio, robo, asesinato!—Oh! si la muerte fuese la nada! .. si no hubiese una vida eterna de castigo, donde aun tenga que oír por siempre ese terrible nombre! Ghigi!...Ghigi!...

Calló, volvió sus ojos convulsos al cielo, sacó del pecho un pliego grande sacado con tres sellos negros... lo depositó sobre la arena... miró suspirando por última vez la ciudad de Roma... al palacio donde reposaban su muger y su hijo... y el ruido sordo que hizo un cuerpo al caer en el agua fué repetido lejanamente por el eco en medio del silencio profundo de la noche.

II.

A la mañana siguiente Roma consternada lloraba la muerte del gran pintor Ghigi. Las conjeturas mas estrañas se formaban sobre la causa de su desastrosa muerte. Su tristeza, su melancolia desde que habia aparecido en aquella capital, emporio de las artes, le habian adquirido un renombre inmortal. En vano el pontífice mismo habia deseado emplear sus talentos en el Vaticano. Ghigi se habia negado constantemente. El pliego que habia dejado el inteliz al suicidarse reveló un horrible misterio.

El miserable, cuyo cadaver habian arrojado las ondas del Tiber, y al que la ciudad entera se aprestaba á honrar como á un gran artista... no era Ghigi. Se llamaba Antonio Ferragio! Natural de Palermo, y joven disoluto, una noche al salir de una orgía con otros compañeros de desorden insultó á una dama de distincion, y asesinó al hermano del gobernador de Sicilia. Huyendo del cadalso aquella misma noche, solo, errante, cayó al amanecer desfallecido á algunas leguas de Palermo. No podia ne-

gar el asesinato, porque una de sus victimas le habia reconocido, no podia espatriarse fulto de recursos, ni podía encontrar un asilo, porque la venganza de las leyes alcanzaria al que le protegiese. Iba á perecer. Un jóven á caballo pasó en aquel instante. Al verle pálido, moribundo, victima tal vez de algunos bandidos, le ofrece generoso socorro; á fuerza de instancias le arranca su secreto, le monta sobre la grupa de su caballo, y le da un asilo en su casa de campo. Le liberta de una muerte inevitable!... la muerte en un cadalso!

La casa de campo pobre en su esterior se hallaba adornada interiormente con cuadros preciosos. El generoso huésped reveló á Ferragio en cambio del fatal secreto que este le confiara, lo que á ningún mortal hasta entonces habia revelado.—Que era Ghigi, pintor napolitano á quien hacia diez años suponian vivos en Méjico, y los mas que habia muerto.—Al volver á Nápoles de donde habia salido huérfano desvalido, despues de quince años de ausencia, y de haber aprendido la pintura, habia logrado hacerse amar de la hermosa Paula, hija del conde de Rianzo. — Por evitar la venganza de una familia noble y poderosa abandonó sus trabajos artísticos, robó la hermosa Paula, se casó con ella, y bajo nombres supuestos habian hallado un asilo seguro cerca de Palermo. En aquella casa ignorados del mundo vivian felices. Cultivaba Ghigi el arte de que era idólatra sin gloria, pero tambien sin envidia; sin los mezquinos celos que el mérito suscita. Su ventura era completa; el miserable á quien habia salvado la vida la destruyó.—La soledad, la hermosura de Paula encendieron su sangre siciliana... Un dia fuera de sí, penetró en la estancia donde dormia Paula... Paula fué suya. A los gritos de la desventurada corre Ghigi á su socorro, una puñalada lo derriba á los pies de Ferr-

gio. La bella Paula espira de dolor. Al asesinato sigue el robo. El oro, los cuadros de Ghigi son arrebatados... Su cadaver horriblemente mutilado. Podia revivir aun... su lengua podia hablar, su mano podia escribir!... El asesino llega a Roma, se anuncia como el pintor Ghigi, que vuelve de Méjico, espone al público algunos de sus cuadros, que fueron arrebatados á porfia. El nombre de Ghigi se repite con entusiasmo, adquiere gloria, es en breve tiempo rico, muy rico, y entre el prestigio de la celebridad, y los placeres, sofoca algun tanto los remordimientos, con que un suceso terrible al cabo de dos años vino á destrozarse un modo cruel su corazón.

Vió un día el principe Borgia, hermano del Papa, uno de los cuadros que conservaba aun, una Virgen dando de mamar al niño Jesus. Descó adquirirlo para su magnífica galeria, pagó por él una suma considerable, y al conducir el cuadro al palacio de los Borgias, el pueblo arrebatado á la vista de aquella obra maestra sigue entusiasmado el cuadro aclamando el nombre de Ghigi, obliga á Ferragio á así tir á este triunfo improvisado, conduciendole en una carroza descubierta del principe Borgia.—Era tanta la multitud, que el fúnebre acompañamiento de un infeliz que conducian al patíbulo tuvo que detenerse. Los gritos de alegría sofocaron el rezo triste de los agonizantes. Era el reo un mendigo mudo y manco á quien la justicia del Papa condenaba al cadalso por el robo de un pan, á que le habia impulsado la necesidad. Al oír el nombre de Ghigi, al ver al que llevaban en triunfo levantó la cabeza, extendió sus manos mutiladas ácia él, intentó en vano articular un sonido con su cortada lengua y se desmayó...

Era el verdadero Ghigi!...

El asesino subió en triunfo al Capitolio, el artista pereció en el cadalso!—

Un año despues los remordimientos del asesino le habian vengado.

### III.

A los tres dias el cadaver del suicida era conducido en un carro solo, sin acompañamiento, privado de las oraciones de la iglesia, y arrojado á un muladar fuera de la puerta Scelerata, al mismo tiempo que la nobleza, el clero romano conducia al panteon otro cadaver exhumado del campo donde la caridad cristiana sepulta los infelices condenados al último suplicio. El cadaver que honraba Roma con unos funerales dignos de un rey era el de un infeliz mudo y manco, ajusticiado un año antes por un pequeño robo. La obra maestra que el infeliz habia encontrado conducida en triunfo al marchar al cadalso, precedia su feretro. El Papa mismo Alejandro VI celebró una misa delante de la urna donde se depositaron los restos del grande artista, á quien condenó la justicia engañada de los hombres, y á quien la justicia divina devolvió en la posteridad su fama y merecido renombre.

MUÑOZ MALDONADO.

## LA MALEDICENCIA.

Ya perfumes del ambiente,  
ó ya del jardín estrella,  
lozana rosa des uella  
cuando el sol dora el oriente;  
mas ¡ay! ponzoñoso diente  
de insecto alevoso y vil  
muerde su tallo gentil,  
su luz virginal marchita,  
y del trono precipita  
á la reina del pensil.

En su seno de cristal,

puro y sin mancha ninguna.  
ostenta limpia laguna  
otro sol al sol igual;  
cuando asqueroso animal  
que, anfibio, entre juncos yace,  
en destrozarse se complace  
de los cielos el trasunto:  
lánzase al agua, y al punto  
todo el encanto deshace:

La luna resplandeciente,  
rico, celestial topacio,  
vence en el inmenso espacio  
á la estrella mas luciente:  
y cuando al orbe un torrente  
da de hermosa claridad,  
mueve el viento sin piedad  
un oscuro nubarron,  
que mancha tal perfeccion,  
que ofusca tal magestad.

Lozana y fragante rosa,  
tranquila y clara laguna,  
bella y esplendente luna  
es la opinion de la hermosa;  
y la lengua mentirosa  
que deslustra esta opinion,  
hiriéndola sin razon,  
es el insecto alevoso,  
es el anfibio asqueroso,  
es el negro nubarron.

EL DUQUE DE RIVAS.

## A M.....

## ORIENTAL.

Al Rey de Francia me voy  
No me preguntes á qué.  
Rom. Gen.

Mañana voy, nazarena,  
A Córdoba la sultana;  
Mi amorosa cantinela  
Ya no sentirás mañana,  
Al compas de mi cadena.

Cuando vuelvan los cristianos,  
De los moros vencedores,  
Lee mis destinos tiranos,  
La historia de mis amores,  
En la sangre de sus manos,  
Valiera mas que cautivo  
En esa torre acabára  
La triste vida que vivo;  
Que la vida que hoy recibo.  
Me la vendes ¡ay! bien cara.

¡A Dios! tu esclavo mañana  
Ya no ha de causarte enojos;  
Pero es esperanza vana;  
Cautivo quedo, cristiana,  
En la prision de tus ojos.

¡Maldita, hermosa, mi estrella!  
¿Que ha de valerme la vida,  
Si no he de hallarte con ella  
Ni en Granada la florida,  
Ni en mi Córdoba la bella.

De hoy me será el claro sol  
Una lámpara importuna;  
Hija del suelo español,  
Tu eres mi sol y mi luna....  
La aurora y el arrebol.

Pues en ti pierdo el sol hoy,  
Sin tu sol no he de vivir;  
Sultana, á Córdoba voy,  
Que en las tinieblas que estoy  
Presto, á fé, que he de morir.

Ha prometido Mahoma  
Un paraíso, una hurí...  
Tu habrás de ser ángel, sí,  
En esa region de aroma,  
Y hemos de amarnos allí.

JOSÉ ZORRILLA.

## ¿EN QUE SOMOS CONSTANTES?

La variedad es el alma de los gustos.  
Esto no hay un hombre de sano juicio  
que se atreva á desconocerlo, por mas  
que á primera vista incomode á todos  
los enamorados. Y si no echemos una ojea-

da al mundo; es decir á los hombres, y se les verá afanados, jadeando, enredando y mintiendo para variar. Todo quieren ser lo que no son, y dejar de ser lo que son ahora; y vive Alá que todo esto no es mas que el ansia de variar. Y aquellos desgraciados á quienes la suerte obliga á hacer lo mismo toda la vida, rabian siempre, no por otra causa sino porque desean variar y no pueden. Y no se crea que este anhelo es por hacer ó gozar una cosa mejor; nada de esto, también dejamos lo bueno para irnos á lo malo, de lo cual pudieran citarse ejemplos que no habian de gustar á mas de cuatro esposas, cuyos maridos no han renunciado al comun desseo de variar. Y en medio de esta codicia terrible que nos devora toda la vida, no hemos sabido desprendernos de un hábito que cuenta tantos siglos como el mundo. Hábito que contraemos desde muy niños, que nos acompaña toda la vida, que coje á todas las clases, á todos los caracteres, á todos los hombres. Hábito, que si hasta cierto punto es hijo de la necesidad, cuya sola circunstancia deberia incomodarnos por resistir la variacion, le hemos dado una latitud prodigiosa, y lo ponemos en práctica en circunstancias tan diversas, que pareceria mentira, si como otras muchas cosas que tambien parecen mentira no lo estubiese uno tocando á cada hora. Comer. He aquí nuestro hábito, todos los dias comemos á lo menos tres veces, y ningun pesar, ningun contratiempo nos hace abandonar nunca este hábito durante veinte y cuatro horas. Y digo, que muchas veces no tenemos hambre, ni el estómago pide comida, pero comemos por hábito. Va uno á casa de un amigo á las ocho de la mañana, y al instante se empreña en que tome chocolate; ya á media mañana, y si es en Castilla, le convida á hacer las once, y si en Cataluña á hacer las diez; por don-

de, sea dicho entre comas, se echa de ver que los antiguos catalanes tenían hambre mas temprano que los antiguos castellanos. A medio día le convidan á uno á comer, á tomar chocolate por la tarde, y cenar por la noche. Llega forastero, se le convida á comer, y si no hay en casa buen servicio de mesa, para que el amor propio no padezca, se le lleva á la fonda. Pare la muger, y viene muy peripuesto el padrino y muy remilgada la madrina, con los respectivos estados mayores, y todos, á cual mas puede, dándoles ejemplo la comadrona, se llenan de vizcochos en casa del padre del angelito, que apenas nace cuando ya gasta dinero. Se casa V., y para celebrar esta solemne calaverada, hincha V. los estómagos de sus amigos, de los de su muger y de los testigos, y de los padres y de otros que no se sabe quienes son, pero que acuden al olor de la boda. Saca V. una rifa, es preciso dar de comer á una docena de zopencos, que mientras brindan por V. trituran la mitad del lote. Pasa procesion por su casa de V. y todos los amigos y conocidos, y otros que no son lo uno ni lo otro, se soplan allí para ver la procesion, y aunque vista esta deberia darse por acabado el drama, se ha de representar luego una escena de chocolate, vizcochos y sorbetes ó cosa parecida. Da V. un baile, y aunque cualquiera diria que un baile es cosa de bailar, tambien es cosa de comer, y cuanto mejor ambigú presente V. mejor es el baile. Toma V. la bola de doctor, ó se recibe V. de abogado, ó coje una plaza de procurador, ó atrapa V. una curia ó una notaria, ó e dan á V. cédula de maestro en algun arte ú oficio, todos los conocidos le felicitan á V., pero es preciso que en represalia los harte V. á todos. Logra V. un empleo, sábenlo los amigos, y tras la en-

horabuena que le dan á V. viene la comida ó refresco que les da V. á ellos. Llegan sus dias de V., seria terrible que no convidase V. á comer á los amigos y parientes mas allegados. Cumple V. años, y por mas que el cumplir años es muy triste, es un deber dar un convite. Y repita V. la funcion á lo menos en los dias de su muger. Disputa V. acerca de alguna cosa, y el contrincante no le apuesta á V. un pantalon, ni una levita, sino una comida para todos los presentes, y estos, ya se ve, apoyan la idea, y fijan la cuestion y deciden á favor de cualquiera de los dos, porque pierda quien pierda habrá comida. Se gana una batalla, comida al canto, se pierde, comida en el bando contrario. Se corona á un rey, comidas en mil juntas de la nacion; el rey cae del trono, comida los que no le querran. Hay una buena noticia, á una comida; es la noticia mala, otros dan la comida, ó por mejor decir se la toman. Viene un dia de gala, comida en un millon de palacios; fiesta cívica, alla vá una comida; se riñe V. con uno, los amigos se interponen, se ha en las paces, y para consolidarlas vaya una comilona. Dia de campo, gran comida. Se erije una sociedad, es de rúbrica una comida. Se forma una junta, los junteros tienen una comida. Se nombra un ayuntamiento, he aqui que se instala con una comida, y al mismo tiempo rellenan el estómago en otra parte ó en la misma los municipales salientes. Se destina á un coronel á otro regimiento, se despide de los oficiales con una comida, y con otra reciben los oficiales al que viene á reemplazarle, que les da las gracias dándoles otra comida. Se declara una guerra, comida en los dos partidos para sellar con carne y vino el juramento de sostener el pabellon. Se hace la paz, comida en honra y gloria de la paz. Gana V. un pleito, comida; lo pierde V. tam-

biem da comida el adversario. Vienen pascuas, grandes comidas; aniversarios, comidas; beneficios de actores, comidas; pasantias, comidas; exámenes, comidas; órdenes, comidas; monjios, comidas; fiestas mayores, comidas; santos tutelares, comidas; y muertos, comidas. Es mucho tema! ¿Y será posible que siempre comamos? ¿Que no deseemos variacion en el modo de alegrarnos? ¡Pobres hombres! Solo somos constantes en los vicios.

ABEN-ABCLEMA.

## UN GUERRERO.

Á mi amigo D. Mariano Soriano Fuertes.

Hijos de Marte, á combatir volemos, guerra, esterminio, y destruccion gritando, nuestra sed de venganza saciaremos, y mil cabezas se verán rodando; himnos de gloria alegres entonemos, ejemplo al mundo de fiereza dando; venid, que allí serán nuestros amores ver sangre ardiente marchitando flores.

Yo quiero combatir, quiero en la guerra mostrar al mundo mi insaciable encono, y á palmas conquistando la tierra subir altivo y ocupar un trono; si aun mas que rey el universo encierra mas anhelo en mi afan, mas ambiccion; de los que imperan en el mundo entero pretendo ¡vive Dios! ser el primero.

Grande es sentir el alma alborozada al tremular ufano mis pendones, y mirar convertirse en polvo y nada la prez de los contrarios campeones, ver su altivez vencida y prosternada vil arrastrarse al pie de mis bridones, y sangre y guerra en mi furor gritando verme entre sangre á mi placer nadando.

### COSAS DEL COCO.

Yo quiero combatir ver el momento  
 en que el vencido su desgracia toca,  
 y cual buitre lanzandome sediento  
 romper su duro corazon de roca,  
 contemplar en su rostro macilento  
 signos de muerte que la muerte evoca,  
 y haciendo trozos de sus brazos viles  
 arrojarlos cual pasto á los reptiles.

Dulce es mirar la transparente nube  
 que de la tierra cálida empapada  
 en roja sangre, hasta el empirco sube  
 cual ancha vela por el viento hinchada,  
 ver de la guerra al funeral querube  
 arrojaria del Sol á la alborada,  
 y esa es la roja tinta que colora  
 el cielo azul en la naciente aurora.

Compañeros, venid, llegó el instante  
 en que cubramos nuestra sien de gloria,  
 no con rica corona de diamante,  
 con el limpio laurel de la victoria:  
 vuestra fama el clarín diga triunfante,  
 grávense nuestros nombres en la historia;  
 venid, venid, para el guerrero es solo  
 cuanto hay de grande desde polo á polo.  
 Sevilla 29 Enero de 1843.

I. GARCIA A. DE LOVERA.

### EN UN ALBUM.

Ya viene la aurora, fantástica, incierta  
 velada en su manto de rico tisú,  
 ¿Por qué niña hermosa no se abre tu  
 puerta?  
 ¿Por qué cuando el alba las flores despierta  
 Durmiendo estás tú?

Llamando á tu puerta, diciendo está el  
 día:  
 «Yo soy la esperanza que ahuyenta el  
 dolor»  
 Y el ave te dice: «Yo soy la armonía»  
 Y yo suspirando, te digo: «Alma mía,  
 Yo soy el amor.»  
 A. GARCIA GUTIERREZ.

—Un nuevo cólega se dice va á sa-  
 lir á la palestra el día 15 de este mes  
 con el título de *El Caduceo*. Con mucho  
 gusto recomendaríamos tan *mercuriana*  
 publicación, pero ¿quien nos recomien-  
 da á nosotros si todavía lo nos conocen?

Despierta pueblo hemático  
 que en Córdoba ya hay periódicos,  
 y morir temen de cólicos  
 si no les mandais *metálico*.

Del Boletín, la Revista,  
 Avisador, y Liceo,  
 el Coko y el Caduceo,  
 el que muera, Dios le asista;  
 que en hermandad somos buenos,  
 mas no olvidamos jamás  
 que cuando un fraile hay de menos  
 hay una ración de mas.

Cuando veo que mi curro  
 se pone jaque  
 me pongo la cotilla  
 y el *mirinaque*;  
 y es cosa grande  
 que son cuantos yo miro  
 curros y jaques.

—Qué cosas tiene *El Coko*! pues no  
 se ha empeñado ahora en escribir la  
 lamentable historia de un huevo?

—El Duende de Sevilla es un pe-  
 riódico de mucha *colá y p j nza*, cada  
 banderilla que pone, vale mas que un  
*Napoleon*.

—Si quieres divertirte  
 por todo el año,  
 dá diez reales al Coko  
 verás que gusto.  
 Pues es tan divertido  
 que al ver un *medio duro*  
 hayla la polka.

Córdoba: Establecimiento tipográfico de Gar-  
 cia y Manté, calle de la Librería núm. 2



SIMIL DE LOS PERIÓDICOS JOCO-SERIOS  
 DE LITERATURA Y ARTES.

DIEZ REALES AL AÑO.

LOS MISTERIOS DE CÓRDOBA.

CAPÍTULO 1.º

### EL CONFESONARIO.



UN el eco repetía la  
 última campanada de  
 las ocho, que el reló  
 de la catedral de Cór-  
 doba acababa de dar  
 en una hermosa ma-  
 ñana del mes de Marzo del año de 1832,  
 cuando dos señoras cubiertas de un espe-  
 sovelo, entraban en la iglesia de uno de  
 los conventos de frailes de esta capital.  
 Al tomar el agua bendita para  
 hacer la señal del redentor, le-  
 vantaron ambas señoras sus negros  
 velos, y descubrió la primera un  
 candor angelical unido á una hermo-  
 sura difícil de delinear; y la segunda  
 un aspecto noble y severo, y unas fac-  
 ciones que, si bien en decadencia, la

frescura de ellas todavía presentaban  
 los restos de una belleza georgiana.  
 Ambas se dirigieron á uno de los con-  
 fesonarios que en el santo templo ha-  
 bía y que mas fieles aguardaban con  
 impaciencia que les tocase su vez pa-  
 ra poderse descargar de los pecados  
 que les agoviaban: prueba muy con-  
 vincente de que el ministro del Señor  
 que en aquel estrecho recinto escu-  
 chaba al penitente, era el terido por  
 mejor médico para la difícil curacion  
 de las enfermedades del alma.

Frente á este confesonario habia  
 otro rodeado de muy poca jente, y en  
 el que se veia un anciano religioso,  
 que á juzgar por su venerable aspec-  
 to, era la confianza del desgraciado,

la paz de los remordimientos, y el simbolo en fin de nuestra hermosa creencia.

Un respetuoso silencio reinaba en el sagrado templo del Señor, solo interrumpido alguna vez por el lejano eco de la conversacion habida en la sacristia, ó por el ferviente y silvado rezo de alguna persona anciana, ó por el sonido de la esquila que anunciaba á los fieles lo mas santo de la celebracion de la misa.

Arrodilladas las dos señoras de velo negro junto al confesonario primero, la mas jóven dijo á la otra:—Con vuestro permiso, querida tia, voy al lado de mi confesor.

—Ve, amada Carolina, aunque no es de mi agrado que siendo tan buen confesor el padre Caracciolo, quieras ir con otro, mas sin embargo no quiero que hagas la confesion á disgusto. En el comulgatorio te espero ó me esperas para tomar juntas la comunión.

Carolina pasó al confesonario de enfrente, y poco tiempo despues le llegó por turno arrodillarse delante de la rejilla; muralla santa que divide al juez del acusado; al médico del enfermo, y á la tranquilidad de los remordimientos. Muralla tremenda, frente de la cual tiembla el fuerte y el débil, el pobre y el rico, la virtud y el vicio. Muralla de sacrificio para los cristianos, y en donde se manifiesta el poder de nuestra religion y la obediencia ciega de los fieles.

Tremendo sacrificio es para el hombre decir sus mas ocultos secretos á otro hombre, ¿pero qué sacrificio no será para la muger?... Imposible el describirlo. Solo la dominacion que ejerce en nuestros corazones la reli-

gion cristiana, es lo único que alienta para tan gran sacrificio. Lo único que alienta, si, porque el grandioso y sagrado sitio del confesonario, sitio de consuelo y felicidad para el desgraciado, y aroma saludable para la sociedad, muchas veces ha lanzado de su recinto, ó bien por la aspereza ó bien por abusos ó escrúpulos de los apóstoles del Evangelio, á personas que buscaban con anhelo ante esa imponente muralla, un consuelo á sus remordimientos, un perdon á sus delitos, y un mentor que les marcara la verdadera senda de virtud, por donde habian de caminar en esta vida.

Se han auyentado porque buscaban la voz de la religion, y encontraron la de los resentimientos humanos, porque en vez de escuchar *Dios te perdona*, herian sus oidos con un anatema terrible.

Lo único, si, porque apesar de ese eco sordo y sutil lleno de deleite y seducccion con que se encubre la maldad muchas veces para apoderarse de las almas débiles, presentando ejemplos á cual mas perniciosos contra nuestra religion sobre los abusos del confesonario, no miran los abusos, sino su deber como católicos; no miran al hombre con pasiones en el confesonario, sino al ministro del Señor; no van allí á cumplir con el mundo, sino con su propia conciencia.

Interrogámonos entre el confesor y el confesado; descorramos un momento ese tremendo y respetuoso velo que cubre la confesion; oigamos á Carolina y á su tia á los pies del sacerdote; escuchemos tambien los consejos evangélicos de un ministro y de otro; observemos la sensacion que produce en ambas penitentes las santas

reconvenciones, y podremos hablar mas p... Atenso del efecto que producen en la sociedad las palabras de un confesor cuando obra por conocimiento del corazon del penitente, y cuando obra por afecciones humanas.

(Se continuará este capítulo.)

### La Muger.

Una pobre muger es una esclava,  
Con ojos bellos y cadena de oro,  
Sin hallar mas para enjugar el lloro,  
Que un beso mofador.

Una pobre muger abre los ojos  
Al arder el perfume en el pebete,  
Y al estender los brazos, ya es juguete  
De infame corruptor.

Una pobre muger por todos llora,  
Y por todos los crímenes implora  
El celestial perdon.

Y antes de ver el sol en occidente,  
Coronada está ya su pura frente  
De fúnebre crespon.

¡Ah! pobre, pobre muger,  
Flor del valle de la vida,  
De la raza corrompida  
Tú no debieras nacer.

Y el pecado paternal,  
El que nuestro rostro aja,  
No debiera ser mortaja  
De tu gracia virginal.

La inocencia y el candor  
No serán sello de gloria,  
Y crecerá la memoria  
De avaro conquistador.

Y la rosa se alzaré  
En el jardín solo un díg,

Despues brillará en la orgia  
Y un necio la pisará.

Y el beodo entre hediondez  
Con labio livido, espeso,  
Imprimirá fuerte beso  
En la blanca y casta tez.

Y necio tu le dirás:  
Ayer nació tu hermosura,  
Hoy has de hacer mi ventura,  
Y mañana morirás.

Y la cándida beldad,  
Abandonada y proscrita  
Siempre á la virgen bendita  
Dirá: ó madre, perdonad.

Verá el hombre sufrir  
Sin preguntarle: ¿qué tienes?  
Sin poner mirto á sus sienes  
A la hora de morir.

Cuando nací desventurado dial  
El hombre de Austerlitz do qu' er reinaba,  
Y el eco de su nombre á mi llegaba  
Entre gemidos mil,  
Del vencedor los vivas, del vencido  
Los lamentos allí se confundian,  
Y con velo de muerte me cubrian  
En el lecho infantil.

En torno rostros jóvenes y ajados  
De cicatrices llenos y de heridas,  
Y cien miseras madres afligidas  
Llorando de dolor.

Y los campos sin fruto ni verdura,  
Hollados por esclavos de un guerrero,  
Y el preste bendiciendo el ¡ay! postrero,  
Del padre de mi amor.

Y entonces una muger  
A mi lado suspiraba,  
Mis negros rizos besaba,  
Llamandome rosicler.

Perla del golfo salobre,

Brillante de daga mora,  
Oro precioso entre cobre,  
Dios te dé feliz aurora.

Y al llegar al mediodía,  
Coronada esté tu frente  
Con el rayo refulgente  
Del astro señor del día.

Una muger vió mis penas,  
Una muger me lloró,  
Y la sangre de sus venas  
Conmigo tierna partió.

Y despues cuando la muerte  
Con su manto la cubria,  
La infeliz me bendecia,  
Llorando mi triste suerte.

Bien hizo, bien, en llorar,  
Bien hizo en marcharse al cielo,  
Porque en el misero suelo  
Solo me viera penar.

Mi afligido corazon  
Lacerado viera y solo,  
Sin hallar de polo á polo  
Quien tenga del compasion.

Me veria eternamente  
Prosternado y sin sosiego,  
Abrazado por el fuego  
De mi volcánica mente.

Me veria arrodillado  
A los pies de la hermosura,  
Sin poder hallar ternura  
Ni un corazon abrazado.

¡Ay! triste, triste de mí!  
Ni ese mismo ser de amor  
Compadece mi dolor,  
Ni entiende mi frenesí.

Ni mi pecho compadece,  
Ni responde si le llamo,  
Ni misero se enternece,

Cuando le digo: «te amo»

La muerte al fin llegará  
Cubierta en negro cendal  
Y ¿qué mano angelical,  
Mis párpados cerrará?

¡Ay! triste triste de mí;  
Ni ese mismo ser de amor  
Compadece mi dolor  
Ni entiende mi frenesí.

J. DE S. Y Q.

## YADESTE.

En los primeros años del imperio de Oriente, pusieron en moda las damas una especie de juego de prendas, que consistía en no aceptar cosa alguna de la persona con quien se jugaba, sin pronunciar antes la palabra *yaleste*. Duraba cada partida, como es de imaginar, semanas y aun meses entero, y la ganaba (y juntamente con ella la prenda que tenia á bien exigir) el que sorprendía á la persona con quien tenia entablado el juego, aceptando una triolera cualquiera sin pronunciar esta palabra sacramental. (1)

Hemos dado esta explicación por ser indispensable para la buena inteligencia de la anécdota que vamos á referir.

Compuso un austero filósofo de los pasados tiempos un libro, en que procuró reunir todas las astucias que emplea el sexo hermoso para engañar á los hombres; á fin de precaverse contra las seducciones mugeriles, lo llevaba constantemente consigo. Yendo,

(1) Véase *Fisiología del matrimonio* tomo 2.º

pues, viajando por el desierto, le cogió la noche á corta distancia de un campamento de árabes, á cuya entrada estaba sentada, junto al tronco de una palmera, una jóven de extraordinaria hermosura, que, al verle llegar cansado y sudoso, le convidó con la mayor gracia y cortesía imaginables, á entrar en su tienda, y tomar en ella el descanso que tanto habia menester, y ambas ofertas aceptó el filósofo, vencido no menos por sus instancias que por el halago de su hermosura. Estaba ausente á la sazón el marido de nuestra hermosa; y habiendo ella presentado al viajero inmediatamente, como diligente huésped, algunos dátiles frescos y una alcarraza llena de leche, no pudo él menos de sentir en sí algunos deseos amorosos, excitados por la soledad del sitio, por el blando calor del muelle tapiz sobre que estaba sentado, y mas que todo por la rara perfección de formas que no pudo menos de admirar en su huésped solitaria.—Pero temeroso de sucumbir á tantas tentaciones reunidas, sacó el filósofo su libro del bolsillo, y se puso á leer.

Desagradó, como es de imaginar, esta prueba de indiferencia á nuestra seductora sirena, y así dijo al filósofo con el acento mas melodioso que pudo:

—Muy interesante debe de ser este libro cuando te parece el único objeto digno de fijar tu atención... ¿podé sin parar por indiscreta, saber cual es la ciencia de que trata?...

Cabizbajo, y con tono algo seco, contestó el filósofo:

—El asunto de este libro no es de la competencia de las mugeres.

Escitó mas y mas la curiosidad de la jóven árabe la lacónica respuesta del filósofo.—Adelantó entonces, como por descuido, á los ojos del viajero uno de los mas menados y delicados pies,

cuya huella recibieran jamás las móviles arenas del desierto, lo que ocasionó en el filósofo numerosas distracciones.—No tardaron sus ojos en pasar del lindo pie de nuestra hermosa á su cintura y á su garganta, no menos seductora, y acabó en fin, por dar al traste con todos sus escrúpulos, el fuego que lanzaban los ardientes y negros ojos de la jóven asiática.

Volvió entonces á reiterar su pregunta con tímida y dulce voz, á la que respondió el ya seducido jóven:

—Yo soy el autor de esta obra, aunque, á decir verdad, el fondo de ella no me pertenece. Contiene todas las malicias y artimañas que han inventado las mugeres.

—Todavía interrumpió admirada la jóven del desierto.

—Si, todas, y solo á fuerza de estudiar constantemente á las mugeres, he llegado á conocer y evitar sus artificios.

—Ah! dijo la amable jóven, inclinándose al suelo las largas pestañas de sus blanquísimos párpados... y, lanzando luego repentinamente una ardiente mirada de amor al austero filósofo, le hizo olvidar en un punto su libro, y lo que en él se contenia. No tardó, arrastrado por una fuerza invencible, en aventurar una declaración amorosa... Y qué mucho! Brillaba en el cielo un azul purísimo, y las arenas del desierto resplandecian á lo lejos como una lámina de oro; el aura de la noche traía en sus alas todos los fuegos del amor, que reflejaba en su semblante la hermosa hija de Arabia; brillaban sus ojos húmidos de deleite y languidez, y con una leve inclinación de cabeza, que parecia imprimir un movimiento de ondulación á la luminosa atmósfera que la circundaba, sintió ella en escuchar las palabras de amor que suspiraba, postrado á sus pies, el estrangeo.

Entreveía ya nuestro filósofo un paisaje de venturas, cuando, oyendo el galope de un caballo que parecía acercarse con la rapidéz del viento, exclamó azorada la gallarda jóven:

—En nombre del Profeta escóndete en este cofre, si amas la vida... Mi marido va á sorprenderte, y es celoso como un tigre!.

No viendo el aterrado filósofo otro modo para salir de aquel atolladero que el de hacer lo que se le decía, acurrucóse en el cofre lo mejor que pudo, cerróle en seguida su adorada, y guardóse la llave.

Entró en esto su esposo, cuyo buen humor escitaron en breve las caricias de nuestra heroína.

—Tengo, le dijo al cabo de un breve rato, que contarte una aventura muy original.

—Ya te escucho, gazela mía, respondió el árabe, sentándose sobre una pequeña alfombra turca, y cruzando las rodillas á la manera oriental.

—Aquí ha venido, dijo, mientras tú estabas fuera, una especie de filósofo que se gloria de haber reunido en un libro cuantas bellaquerías hace mi sexo, y esto no obstante se ha puesto á decirme amores.

—Amores! exclamó el árabe.

—Y yo le escuchaba gustosa, añadió ella con la mayor serenidad.—Es jóven emprendedor... y en verdad que has llegado muy á tiempo, porque si no...

Al oír estas palabras desenvainó el árabe su cimitarra, rugiendo como un leon, y el filósofo, que desde el fondo del baul donde yacía, mas muerto que vivo, estaba oyéndolo todo, y daba diénte con diénte, maldecía entre sí su estrella, su libro y todos los hombres y mugeres de las tres Arabias.

—Fátima! exclamó el airado marido, si aprecias en algo la vida, dime al punto donde se oculta el traidor...

Aterrada Fátima, al ver la tempestad que ella misma había ocasionado, se arrojó á los pies de su esposo; y temblando bajo el puñal amenazador que resplandecía sobre su cabeza, indicó el cofre con una mirada tan tímida como rápida; y sacando la llave que llevaba á la cintura, se la presentó al celoso; pero en el momento mismo en que este se disponia á abrir el cofre, ardiendo en cólerica saña, prorumpió la maliciosa Fátima en una larga y sonora carcajada. Paróse el árabe confuso, mirando á su muger con inquietud y despecho.

—Venga la cadena de oro que tantas veces te he pedido inútilmente, dijo Fátima, saltando de alegría; venga, venga, que has perdido el yadeste... y... esto te enseñará á no ser otra vez tan olvidadizo.

Estupefacto el marido, dejó caer la llave de entre sus manos, y presentó la prestigiosa cadena de oro, arrodillado ante su adorada Fátima, prometiéndole dar cuantas joyas trajesen las caravanas en todo aquel año, si renunciaba á emplear tan crueles artificios para ganar el yadeste. Entonces, como era árabe y no le gustaba perder una cadena de oro y una apuesta, volvió á montar á caballo, y fuése refunfuñando por aquellos vastos acaules, demasiado galan para mostrarse sentido á presencia de su muger.

Fátima entonces, sacando del baul al aterrado amante de Sofía, le dijo con mucha gravedad:

No se olvide el Sr. filósofo de insertar esta anécdota en su preciosa colección. E. DE O.

**Bien hayas mal si vienes solo.**

Este refran tan verdadero como sabio, tan triste como positivo, y tan

frecuente como conocido, es el que viene como de molde para un cuento que vamos á contar á nuestros lectores.

Habia en cierto pueblo dos hermanos que cuando tubieron edad suficiente para el santo matrimonio, cada uno buscó su acomodo, y se casaron en paz y en gracia del Señor. Mas las dulzuras de este estado les hizo á ambos odiar todo lo que no fuera sus esposas y sus hijos, y de consiguiente se llegaron á aborrecer los dos hermanos tanto, cuanto crecian y se aumentaban sus respectivos hijos, que eran en número respetable, gracias á la fecundidad del terreno.

Los hijos de uno de los dos hermanos en cuestion eran ya mayorcitos, y como es de suponer no todos tenían las mismas inclinaciones; de manera, que á unos les dió por estudiar, á otros por no estudiar, á no pocos por divertirse, y á no muchos por saber de lo que no entendian.

Un dia estos últimos se encontraron un papel, y haciendo corro empezó el mayor de ellos á leer lo siguiente: «aquellos hombres feroces asesinaron sin compasion al malogrado jóven que» —Oye dijo uno interrumpiendo la lectura, pues si era malo ese jóven hicieron bien de asesinarlo.—Hombre, dijo el otro, si no era del todo malo, sino que iba siendo malo por grados: no ves que dice malogrado?—Qué atrocidades estais diciendo, respondió otro: si eso está muy claro; malogrado quiere decir que asesinaron de mal grado al jóven.—¿Tu crees que yo soy moco de pabo que no sé lo que me digo? dijo el segundo.—Y yo soy grano de anís, dijo el tercero.—Es que tu no entiendes estas cosas.—Pues ni tu tampoco.—Pues si ninguno de los dos las entendéis, dijo el primero, que nos las explique este que tiene un tinturita de latin.—Es verdad, dijeron todos, y el latino

dijo:—Malogrado jóven quiere decir que el jóven fué muriendo por grados.—¡Dios mio! Dios mio, dijo el padre que tal conversacion escuchaba! no siento que me hayais dado tantos hijos, lo que siento es que me hayais dado tantos tontos! ¡Bien hayais mal si venis solo!

Esto pasaba en casa de este hermano, quando en casa del otro hermano del padre de los hijos que hemos dejado atras sucedia lo siguiente.

El hermano mayor de los hijos del hermano del hermano que tenia aquellos hijos que hemos dejado atras, decia.—Pues señor nada de palabras con el vecino que nos ha dicho que no sabemos cazar. Vamos á limpiar bien las escopetas y cazarle á él hasta el gorro de dormir.—Eso, eso, dijeron todos.—Pues manos á la obra y—no—des—mayar—por—que...

NOTA URGENTE. Estando en prensa el número se ha descompuesto este artículo, y por no retardar á nuestros alegres suscritores el leer el *Coco*, sale en blanco lo que debia llenar lo descompuesto. Está visto que es una fatalidad el refran de *bien hayas mal si vienes solo* hasta para los impresores del *Coco*.

### COSAS DEL COCO.

—Sr. *Coco*, ¿sabe V. que la fuente de la plazuela de San Pablo está sumamente fea con aquella montera de tablas pintadas en algun tiempo de al-

mazarón?—Sr. Cosas ¿y no sabe V. que esa montera es para librar de inmunidades que pueden hechar la taza cubierta?—¿Y sabe V. Sr. Coco, que es peor el remedio que la enfermedad?—¿Y sabe V. Sr. Cosas, que eso se lo puede decir al médico que ha mandado poner esa cataplasma á la fuente, y no á mí?—Sr. Coco, como V. se obligado á desmentir la letrilla de cosas de Córdoba son, creí...—Sr. Cosas, creyó V. muy mal, pues aunque esas son cosas de Córdoba, son de aquellas cosas del velo que nos dijo el Arisador Cordobés, y en cosas de velo... punto y aparte.

—En Madrid salia un periódico con el título: *La encerrada*, cuyos redactores, segun dice *el Fandango*, son Franguelo y Corona, y el que llevaba el *encerro* mas gordo M. (D. Domingo.)

¿Hay cosa mas natural que á quien gusta de toradas tenga aficion sin igual al son de las encerradas?

—Bienaventurados los mansos por que ellos, llevarán *encerro*!!

—Haciendo una escavacion en una de las murallas de la China, se ha encontrado el siguiente documento, que traducido no sabemos si al español dice así: «D. Markaculi Rintinraufenrintin, gran idolo chino, jurisconsulto de todo lo grande, tambor mayor de los perros dogos, y servidor de ustedes, certifica: Como adclante y dirige la muralla del este Reyno, con la ayuda de...» No ha sido facil traducir mas, porque el original estaba intraducible.

—Tenemos el disgusto de anunciar á nuestros lectores la muerte de nuestro apreciable colega el *Caduceo*. Repetimos lo que en nuestro número anterior:

Que en hermandad somos buenos, mas no olvidamos jamas que cuando hay un faile de meos hay una racion de mas.

—Por comer una *mora* se murió un burro, y aunque yo no lo he visto me lo presumo, porque el borrico era en todos sentidos un *pajarito*.

—Quien hubiese perdido un *saco de noche* que contiene algunas coplas inéditas y varias *necedades* escritas en mal lenguaje galo-castellano, acuda á esta redaccion, y dando las señas del color de dicho *saco* se le entregará completo.

—El *Coco* es persona de tanta importancia ya, que tiene suscritores en Milan, Lisboa, Trieste y San Petersburgo.

Con mis chistes embaucó,  
porque en las heridas toco,  
y si rien porque soy cuco  
tambien tiemblan por ser coco.

### ADVERTENCIA.

Considerando que la publicacion de los *MISTERIOS DE CÓRDOBA* en el *Coco* va á ocupar muchos números, y que diferentes personas nos han manifestado deseos de verlos concluidos con mas celeridad, hemos determinado, sin perjuicio de insertar en cada número la parte correspondiente, publicarlos por separado, dando una entrega semanal de 16 págnas, en 8.º Los Sres. que quieran suscribirse podrán hacerlo en los mismos puntos de suscripcion al *Coco*; á razon de un real por cada entrega.

En el presente mes de Marzo se anunciarán los números de la loteria, respectivos á dicho mes y al anterior de Febrero; no habiendose tomado en este último por causa de haber sido extraordinaria la estruccion en que debió verificarse.

CÓRDOBA.

Establecimiento tipográfico de Garcia y Manté,  
calle de la Libreria núm. 2.